

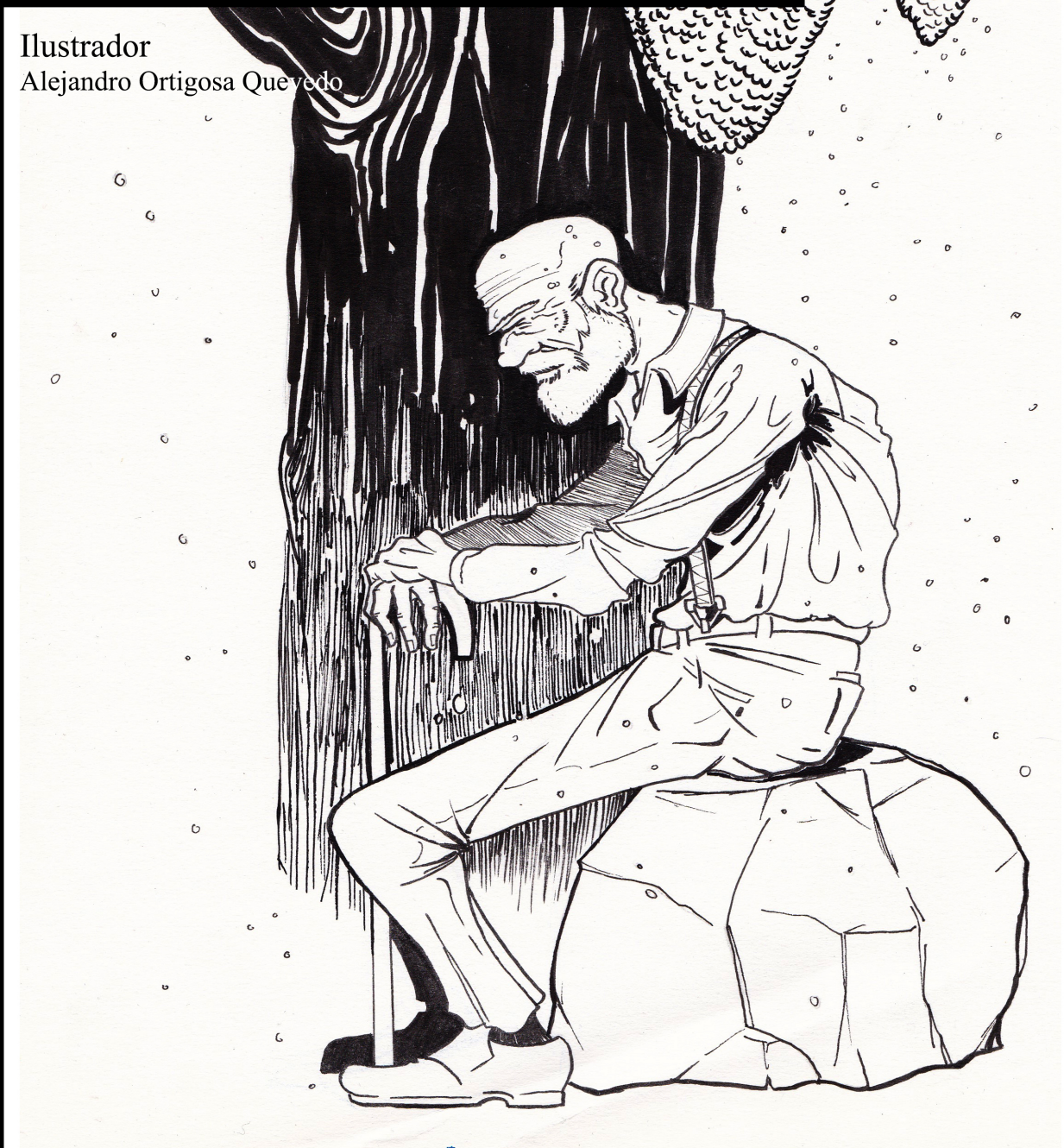
Autor: Abilio Ayuso

ROMEO Y JULIETA

(SEGUNDA PARTE)

Ilustrador

Alejandro Ortigosa Quevedo



Dicen que los culpables de suicidio están condenados al infierno sin remisión. Esta obra comienza justo donde acaba el drama original de Romeo y Julieta para explorar esa posibilidad.

+12

Romeo acaba de morir, el dolor físico que le ha causado su propia puñalada se añade al sufrimiento por la muerte de su amada, finalmente la negrura en que se ha sumido desaparece junto con el dolor.

Sorprendido, se da cuenta de que puede ver su propio cuerpo ensangrentado al pie de la losa donde ella yace, ahora su único consuelo es contemplar su hermosura que la muerte ha respetado.

Pero sus desdichas no han terminado, con asombro observa que el cuerpo de Julieta comienza a moverse, un temblor en los dedos, un parpadeo, una tos, para finalmente incorporarse y ponerse lentamente en pie, luego no estaba muerta como él creía, en una exclamación sin palabras maldice su estupidez al haberse quitado la vida, eso ahora le alejará de ella para siempre.

Cuando Julieta tropieza con el cadáver de Romeo exhala un grito que es como una cuchillada cortando el aire, se abraza al cuerpo mezclando sus lágrimas con la sangre aún caliente de su amor.

Finalmente toma su puñal y apunta con él a su propio pecho. El espíritu del muchacho grita sin palabras: “¡No, no lo hagas, vive!”, intenta interponerse entre el acero mortal y la carne, pero ahora es un espectro y solo puede contemplar horrorizado como la daga siega la vida de la muchacha que acaba quedando inmóvil a su lado.

Al cabo de un instante, un vapor azulado emerge del cuerpo muerto, cuando se condensa se define el espíritu de Julieta, se quedan frente a frente dándose un millón de mudas explicaciones, finalmente intentan abrazarse, pero se dan cuenta horrorizados de que pasan uno a través del otro, ningún contacto, ni la menor sensación, solo intercambio de pensamientos entre almas.

Ambos se sienten arrastrados, como hojas que lleva el viento, pierden de vista el mundo material para acercarse a un extraño lugar compuesto solo de luz.

Ella le dice: “Tengo miedo, mi confesor siempre me ha explicado que los suicidas van al infierno”.

“Julieta, mi amor, sea lo que sea estaremos juntos y prefiero el infierno contigo que mil cielos para mí sólo”.

Entran de lleno en la zona, allí ven unos seres resplandecientes, pero su rostro no es severo sino amable y comprensivo, emanan bondad, ella es la primera en hablar preguntando: “¿Dónde estamos?”.

Uno de aquellos seres le contesta: “En el mundo de la realidad, lo auténtico, lo inmutable, en el sitio de donde venís todo es pasajero, como una sombra que se

desvanece con el ocaso”.

“Entonces... ¿Esto es el Cielo?”.

“No hay cielo ni infierno, todo lo que os han explicado no es más que un cúmulo de supercherías amalgamadas para colmar la ambición de individuos ansiosos de poder”.

“Pero, por lo que veo, el alma sí que existe, y vosotros los ángeles también, por lo tanto, habrá un Dios creador que nos juzgará, luego no todo es mentira”.

Otra de aquellas presencias le contestó con una sonrisa: “Efectivamente existe el espíritu, de hecho, es lo único que existe realmente, pero nosotros no somos ángeles, sino seres como vosotros que han evolucionado a lo largo de innumerables vidas hasta llegar a un plano superior donde no tenemos necesidad de reencarnar”.

“¿Pero... Y Dios?”.

“Hay seres como nosotros, pero aún muchísimo más evolucionados, que para ti podrían pasar perfectamente por Dios en todos los aspectos, pero no lo son, lo que tu piensas que puede ser Dios no existe, pero si existe una esencia primordial que lo contiene todo y lo impregna todo, todos los universos y dimensiones, y te aseguro que esa presencia no se dedica a juzgar muchachas suicidas”.

“¿Entonces porque estamos aquí, qué será de nosotros?”.

“Vosotros habéis vivido muchas vidas y cada una de ellas ha sido como asistir a la clase de un colegio para aprender una lección y ascender espiritualmente, en esta vida os tocaba sufrir la desdicha de no poder realizar vuestro amor y superarlo, pero al suicidaros habéis fracasado en la prueba, deberéis renacer, volver a soportar la misma pena, o tal vez mayor y afrontarla”.

En ese momento intervino Romeo para decir con voz entre el enojo y el dolor: “¿Y quién nos impuso tamaña condena, y quien nos la impondrá ahora?”.

“Nadie os la impuso, sino vosotros mismos que en concordia con nosotros decidisteis que era lo más conveniente para vuestro progreso espiritual, luego accedisteis a borraros la memoria para afrontar vuestro destino partiendo de cero, tampoco os lo impondrá nadie ahora, si lo deseáis lo aceptaréis voluntariamente”.

“Pues bien, yo no lo acepto, quiero vivir una vida con Julieta donde nuestro amor pueda realizarse plenamente, no me importa si en ella no progresamos, si el tiempo es tan infinito como parece ser, momento habrá para recibir una nueva lección, así que os ruego nos digáis que debemos hacer para renacer y vivir una vida juntos plena de felicidad”.

“En este caso deberéis averiguarlo por vosotros mismos”.

“Ya veo, os negáis a ayudarnos”.

“No es que no queramos, es que por vuestro bien no debemos”.

“Pues que así sea”.

Marcharon de la presencia de aquellos seres y vagaron por aquel mundo de luz, observaron otros espíritus que eran asesorados para su próxima reencarnación habiéndoles borrado previamente la memoria, después de haber escrutado varios casos Romeo comentó a su amada: “Primero de todo, nosotros no permitiremos que se nos borre la memoria, naceremos con todo el conocimiento de nuestra vida pasada, de esa forma nuestro reencuentro será mucho más sencillo”.

Los espíritus que reencarnaban eran acompañados por sus mentores hasta un lugar aterrador, era una especie de vórtice, un torbellino que al lanzarse en su centro los engullía, un instante antes el ser de luz posaba sus manos sobre ellos, para posteriormente empujarles con suavidad y acompañarlos en la caída hacia el mundo físico.

Observaron algunos casos aislados que saltaban en pareja e incluso algún trío y entendieron que aquellos nacerían como gemelos o trillizos, visto lo cual ella le dijo: “No podemos saltar juntos, no quiero que seas mi hermano”.

A lo que él contestó: “De acuerdo, saltaré yo primero, es bueno que el hombre sea algo mayor que la mujer”.

Finalmente quedó todo acordado: Se encontrarían en su propia ciudad natal Verona, a las cinco de la tarde de cualquier día, junto al ciprés de Villa del Bene contiguo al río Adigio en cuya corteza habían grabado sus iniciales.

Llegó el momento y Romeo saltó decididamente, perdiéndose en el torbellino que lo engulló de inmediato, al quedarse sola Julieta el pánico la invadió, toda la seguridad que sentía estando junto a su amado se deshizo como un copo de nieve bajo el sol del verano, pensó en pedir ayuda a los seres espirituales y hacia ellos se dirigió, pero sólo estar en su presencia se dio cuenta de que era absurdo porque ellos no cambiarían de opinión de un momento a otro, se dirigió otra vez al vórtice, pensó fuertemente en su amante y se lanzó.

Después de unos momentos de angustia notó una sensación de calma, sin percibir apenas emoción alguna, se sentía flotar en un mundo anaranjado, como una permanente puesta de sol, apenas podía controlar sus miembros, como si cada uno pesara una tonelada, pero eso no le provocaba angustia, era como si estuviera drogada.

Así permaneció un tiempo que no sabría definir, hasta el día en que el lugar donde se hallaba comenzó a sufrir espasmos y extrañas palpitaciones, se sintió empujada y presionada fuera de su mundo de paz hacia un canal asfixiante, cuando logró sobrepasar esa opresión otras sensaciones desagradables vinieron a incomodarla, una luz cruda dañó sus ojos, pero no una luz espiritual como la del mundo que había dejado sino molesta y dañina, al mismo tiempo notó que ya no flotaba y fue consciente del peso de su propio cuerpo, notó que era zarandeada y quiso protestar pero se dio cuenta de que su cuerpo no le obedecía, desesperada hizo lo único que podía... Llorar.

En los días siguientes se hizo consciente de que aunque tuviera todos los recuerdos de una persona adulta no le servían para nada más que desesperarse de su impotencia, porque su cuerpo no le obedecía, tuvo que aprender a enfocar los objetos para verlos con claridad, irse haciendo dueña de sus movimientos y reforzando su musculatura, no podía ni soñar en incorporarse y asimismo se dio cuenta de que no controlaba sus esfínteres así que sintió el asco de notar como se orinaba y defecaba encima, quiso avisar a los humanos que la acompañaban que ahora le parecían monstruos enormes pero tampoco el aparato fonador obedecía sus deseos con lo cual no le quedó más remedio que volver a recurrir al llanto.

Cuando la alimentaron por primera vez sintió asco de que una mujer le metiera un pezón en su boca, pero el líquido cálido que calmaba su hambre y su sed al mismo tiempo hizo que se le pasara de inmediato, se limitó a succionar, que era otra de las pocas cosas que su torpe cuerpo le permitía hacer.

A medida que pasaban los días pudo captar con claridad los sonidos para comprobar aterrorizada que no comprendía una palabra de lo que decían las personas de su alrededor, ni tampoco le eran familiares los objetos habituales en una casa, sí que pudo distinguir sillas, mesas, camas, pero tan diferentes a lo que ella conocía que llegó a pensar sino habría ido a parar a otro mundo diferente, la simple iluminación de las velas había sido sustituida por unos tubos de cristal que ardían sin consumirse produciendo una luz cruda que no tenía nada que ver con la calidez del fuego.

Se tranquilizó cuando le dieron los primeros paseos porque por lo menos el sol seguía siendo el mismo y había árboles, plantas, flores y pájaros en los jardines, pero a esta agradable sensación de reencontrarse con lo conocido se sumó el estupor de ver que los carruajes no llevaban caballos y se movían por: Vete a saber que arte de magia.

Fue aprendiendo el idioma de sus padres, que no era otro que el francés y dándose cuenta de que había nacido en Grenoble, a cuatrocientos kilómetros al oeste de su antigua ciudad y unos cuatro siglos más tarde.

No fue una niña prodigio, porque lo que sabía de su anterior vida no sólo no le servía apenas de nada, sino que además le interfería en el aprendizaje de cosas nuevas,

incluso cuando consiguió que le proporcionaran algo escrito en italiano vio que no sólo el idioma había cambiado, sino que los conceptos que explicaban se le hacían incomprensibles en su mayoría.

Por otro lado, tampoco fue brillante en los estudios, sus maestros decían que estaba abstraída, como en otro mundo y que tenía obsesión por todo lo que se refería a Italia.

En su adolescencia rechazaba tan de plano a cualquier muchacho que pretendiera una mínima aproximación que llegaron a pensar sino sería lesbiana, pero si alguna amiga tanteó ese terreno tampoco tuvo éxito.

Sus padres intentaron quitarle esa obsesión por el país vecino haciéndole viajar a lugares exóticos, pero no mostraba interés alguno por aquello que hubiera hechizado a cualquier chica de su edad.

Un día en que su madre estaba leyendo junto a la chimenea se atrevió a sentarse a su lado y decirle: “Mamá, ¿Qué pensarías si yo te dijera que he vivido una vida anterior hace siglos en Italia, que fui la Julieta de la que la historia habla y sé que mi Romeo me espera allá en Verona?”.

“Diría que necesitas una visita al psicólogo”.

“Es decir... No me creerías”.

“Suponiendo que la reencarnación existiera, ¿Sabes cuantos centenares de personas aquí en Francia aseguran que han sido Napoleón en su vida anterior?”.

“Vale, entonces explícame porque hablo perfectamente italiano antiguo y porque te puedo describir la ciudad de Verona de hace cuatro siglos a la perfección”.

“Porque te obsesionaste con ello casi antes de tener uso de razón, como te podías haber obsesionado con los dinosaurios. Devorabas cualquier libro, diario o película que se refiriera al tema, tal vez de bebé, sin que yo lo recuerde, verías Romeo y Julieta en la televisión, cuando te cuidaba tu canguro, y eso te impresionó”.

“¿Y si te dijera que he estado en el plano espiritual hablando con los seres de luz?”.

“Entonces de cabeza al psicólogo”.

“En tal caso nunca te lo diré”.

Pasaron los años y Sophie, como la llamaban en su familia francesa trató de adaptarse y pasar lo más desapercibida posible, si su propia madre no la creía, daba por hecho que su padre aun lo haría menos y sus amigas no harían más que reírse de ella, bastante fama de rara tenía.

Cuando se acercaba la mayoría de edad fue ahorrando todo el dinero que le daban para caprichos o comer en el instituto, al día siguiente de cumplir los dieciocho años reunió a sus padres en el salón y sin más preámbulos les dijo: “Soy mayor de edad, estoy sana física y mentalmente y he decidido hacer un viaje”.

El padre la miró con severidad y le dijo: “¿Y tus estudios?”.

“De momento tendrán que esperar”.

“Ósea que hemos estado cuidando, alimentando, vistiendo y educando a la señorita para que a la primera de cambio nos diga que hará lo que le da la gana”.

“Peor sería que fuera borracha, ninfómana y drogadicta”.

“Siempre hay algo peor, pero eso no quita la gravedad de lo que estás haciendo, yo como padre te lo prohíbo, pero como legalmente no puedo hacerlo, lo que te digo es que si pones un pie fuera de esta casa no esperes luego volver compungida, para mí habrás dejado de ser mi hija”.

“Que así sea pues”.

Mientras preparaba el equipaje, la madre entró en su habitación con los ojos enrojecidos y le preguntó con un hilo de voz: “Al menos podrías decirme a donde te vas para no hacerme padecer tanto”.

“Yo creo que ya lo sabes mamá, cuatrocientos kilómetros al este, a Verona, para saber si todo se basa en una película que vi de pequeña o realmente soy la reencarnación de Julieta”.

“¿Y crees que allí te estará esperando tu Romeo?”.

“Es una de las cosas que tengo que averiguar”.

“Si tienes algún apuro o necesitas dinero dímelo, al fin y al cabo, no está tan lejos, en una mañana puedo llegar con el coche y por la tarde ya estaríamos en casa de vuelta”.

“¿En casa...?, ¿No has oído a papá?”.

“Es un bocazas, seguro que yo podría hacerle cambiar de opinión”.

“Te lo agradezco, pero no hará falta, siento que esta etapa de mi vida ha concluido y para bien o para mal se abre una nueva”.

No le resultó demasiado difícil, por menos de cuarenta euros un autobús de línea la

dejaba en Milán en poco más de cinco horas y de allí a Verona un segundo en otras dos, había valido la pena salir a las cinco de la mañana porque a las tres de la tarde ya estaba en Verona con su mochila a cuestas y podría llegar junto al ciprés antes de las cinco de la tarde.

Le producía una emoción muy especial estar en Italia y hablar en la que consideraba su propia lengua, sus padres, aconsejados por los psicólogos siempre habían evitado el país vecino, supuestamente para no avivar la obsesión que sentía la niña.

Había viajado a lugares tan exóticos como la Polinesia francesa y nunca a Italia cuya frontera se hallaba apenas a sesenta kilómetros en línea recta de su casa, incluso cuando el colegio había organizado un viaje cultural de fin de curso por Roma y Florencia ellos se lo habían sustituido por otro particular a Grecia y Egipto, lugares que a ella no le interesaban lo más mínimo.

Se dio cuenta enseguida de que sus expresiones y su forma de construir las frases, incluyendo además alguna francesada, allí sonaban algo extrañas, pero al fin y al cabo era extranjera, por tanto, a la gente le parecía muy graciosa su manera de hablar.

Un taxi la dejó en Villa del Bene, junto al río Adigio, le costó un poco ubicarse, cuatro siglos no pasan en balde, pero al final lo encontró, su ciprés estaba allí, pero ahora era un monstruo alto como una catedral cuyo tronco no lo abarcarían ni los brazos de siete personas, a medida que se acercaba su corazón se aceleraba pensando que en cualquier momento surgiría su Romeo para abrazarla, pero no fue así.

Pensó: “Que tonta eres Julieta, no va a estar todos los días aquí plantado, pero habrá dejado alguna señal, tal vez un recado”.

En una pesada piedra, junto al árbol estaba sentado un viejecillo, con la mirada perdida en el horizonte, le preguntaría a él, si acostumbraba a pasear por allí seguro que lo habría visto en un momento u otro, se acercó con su mejor sonrisa y le preguntó: “Buenos días caballero, ¿Por casualidad no habrá visto rondando por aquí alguna vez un muchacho apuesto, que dice llamarse Romeo y parece que esté esperando a alguien?”.

El anciano levantó sus ojos empañados en lágrimas y con un balbuceo solo pudo decir: “¿Eres tú Julieta?”.

Ella cayó de rodillas frente a él y entre sollozos le dijo: “¿Que te han hecho mi amor, que magia oscura te ha destrozado de esta forma?”.

“No me han hecho nada mi cielo, pero este árbol y yo llevamos setenta años esperándote”.

“Yo... Tuve un momento de vacilación, y tardé lo que pudo ser una media hora en

saltar después de ti”.

“Claro cariño, allí el tiempo transcurre de forma diferente, ¿Cuánto piensas que tardamos en hablar con los seres de luz y trazar nuestro plan?”.

“Unas horas, supongo”.

“Y ya ves, aquí han pasado más de cuatro siglos, pero no nos quedemos aquí en medio, demasiado tiempo he pasado ya en esta piedra, vamos a casa”.

Después de una caminata, llegaron a un caserón que, aunque antiguo, como sólo tenía doscientos años Julieta no conocía, allí sentados en un cómodo sofá llegó el momento de las confesiones: “¿Vives sólo?”.

“¿Y con quien iba a vivir?, nunca ha habido otra mujer en mi vida, solo viene una señora a limpiar dos veces por semana, he tenido la ventaja de nacer de familia rica, eso me ha permitido dedicarme a esperarte”.

“Pobrecillo mío menuda tortura, pero ahora estoy aquí y podré compensarte, primero te prepararé una buena cena, y luego haremos lo que en la anterior vida no nos fue nunca permitido, acostarnos juntos”.

Así lo hicieron, él se acostó primero con su holgado camisón tan antiguo como él mismo en la holgada y confortable cama que tantos años llevaba esperando el calor de la compañía, ella se desnudó por completo, le abrazó y recorrió con sus manos aquel cuerpo decrepito tratando de reconocer en él aquel muchacho vigoroso por el que dio la vida.

En un momento dado, él la detuvo y le dijo: “Amor mío, no puedo permitir que una maravillosa doncella como tú tenga ninguna relación carnal con este residuo humano que ahora soy, la sola idea me subleva”.

“Pero Romeo, yo te amo por encima de todo, aunque el tiempo te haya destrozado sigues siendo tú”.

“Si, cariño, pero soy un Romeo que sólo puede inspirar compasión, ¿Querías tu hacer el amor conmigo si estuvieras cubierta de lepra, aunque yo te lo pidiera”:

“Claro que no, ni me acercaría a ti para no contaminarte”.

“Pues lo mismo me pasa a mí, aunque mí espíritu te ama por encima de todo, no puedo permitir que este cuerpo corrupto, que ahora sé que no soy yo, que solo es una vestimenta pasajera, pueda poseerte”.

Convivieron durante un año, él la presentó como la nieta fruto de un amor ilícito de juventud, y la gente comentó: “Vaya con el abuelo, que callado se lo tenía”:

Al cabo de ese tiempo, el día en que celebraban el aniversario de su encuentro él tomó su mano y le dijo: “Amor mío... Tengo que pedirte un gran favor”.

“Lo que tú quieras cariño”.

“No puedo seguir viéndote aquí, consumiendo tu juventud junto a la ruina en que me he convertido, sino te marchas y vives una vida plena me suicidaré para librarte de esta carga, y ahora ya sabes lo que eso significa”.

“No, por favor, no lo hagas, no soportaría contemplar otra vez tu muerte, haré lo que me dices, viviré y esperaré que el fin de mis días llegue naturalmente, pero quiero que sepas que no habrá otro hombre en mi vida”.

Al día siguiente se despidieron, Julieta pensó en cómo darle sentido a su vida, finalmente decidió entrar en una orden de misioneras que ayudaban a los más desfavorecidos del África profunda, de esa manera pensó que al ser monja no debería estar continuamente rechazando pretendientes.

Durante cinco años estuvo trabajando como una posesa en un hospital de campaña, no le importaba que en aquellas condiciones su bello cuerpo se ajara, ahora sabía que sólo lo tenía prestado por algún tiempo y que ella en realidad era un espíritu eterno.

Al cabo de ese tiempo un grupo de guerrilleros la asesinó de un disparo en la cabeza, justo el mismo día en que Romeo fallecía de muerte natural.

Al llegar junto a los seres de luz tuvieron la sorpresa de reencontrarse, ellos los miraron con un semblante aún más benevolente que la vez anterior, hasta que uno de ellos les preguntó: “¿Que tal le ha ido la experiencia terrenal a nuestra pareja?”.

Ella fue la que contestó primero: “No debimos desobedecer vuestros consejos, si los hubiéramos aceptado ahora ya habríamos pasado la prueba amarga del desamor”.

“¿Y quién os dice que no la habéis pasado?, aunque a vuestro aire habéis sabido renunciar al amor cada uno por el bien del otro, no es como nosotros lo hubiéramos programado, sino tal vez un poco más duro, pero habéis aprobado con nota”.

“¿Entonces, ya no tendremos que volver...?”.

“Siempre hay que volver, hasta lograr la perfección absoluta, pero esta vez será diferente, pensamos que ahora como contrapunto os convendría vivir un amor apasionado y aprender a quereros durante toda una vida, sorteando las pegas y los avatares que una larga convivencia conlleva”.

Los dos dijeron al unísono: “Seguro que lo conseguimos”.

“No os las prometáis tan felices, vivir un amor apasionado es fácil, pero compartir una vida entera, educar unos hijos, quererse en los buenos y malos momentos hasta la vejez, no es tan sencillo”.

“Pues lo intentaremos, ¿Cuándo empezamos?”.

“Ahora mismo”.

“¿Con la memoria borrada?”.

“Por supuesto”.

FIN...